

FEDRA (PHÈDRE)

Jean Racine, 1677

INTRODUCCIÓN⁽¹⁾

Se representó por primera vez en enero de 1677 como *La tragedia de Fedra e Hipólito*, título que se quedó en el nombre de la protagonista en la edición impresa.

En la obra de Racine, la actitud de Fedra es la expresión de una máxima exigencia moral, ya que su falta -si existe- es una falta de pensamiento. Fedra piensa que la confesión de su amor por Hipólito ultraja a Teseo, aunque creía que éste estaba muerto. Nadie, pues, puede juzgar a Fedra con tanto rigor como se juzga a sí misma. La pareja Fedra-Enone ha sido calificada de un alma a dos voces.

Fedra e Hipólito intervienen en los cinco actos, Enone en cuatro y Teseo en tres. Racine no muestra a Teseo hasta el tercer acto, haciendo trabajar con esa ausencia la imaginación del espectador, que quiere conocer al marido engañado.

Al presentar los personajes, Racine hace hincapié en su progenie. De Teseo resalta que es hijo de Egeo; de Fedra, que es hija de Minos y Pasífae; de Hipólito, que es hijo de Teseo y de Antíope... Como si ello fuese una marca indeleble que señala el destino de cada personaje, como si esos lazos patentizaran ya una posible “falta” o “error” que haga al personaje en cuestión acreedor a un castigo.

Las tres últimas tragedias profanas de Racine, *Mitrídates*, *Ifigenia* y *Fedra*, constituyen lo que podríamos llamar *trilogía de la libertad del hombre*. El hombre quiere tejer su vida con plena libertad de sus actos pues sólo la libertad da sentido a la vida. Después de romper en *Mitrídates* las ligaduras que lo aprisionan a su rey, de quebrar en *Ifigenia* las cadenas que lo aherrojan a los dioses y de desatar en *Fedra* los lazos que ligan su conducta a los mandatos de una moral tradicional y esclavizadora, ya no tiene nada más que decir y su pluma permanece muda para la tragedia auténtica. He aquí la explicación del silencio de Racine.

La secuencia es perfectamente lógica. Primero ataca el orden político que se asienta en una trascendencia divina. Después rechaza la sumisión incondicional a los dioses, el tabú religioso. Finalmente, considera al hombre que reflexiona sobre sí mismo y rompe con los tabúes más íntimos, el de la sangre, el incesto, el adulterio, el suicidio... La independencia se plantea no ya frente a otro o frente a la divinidad, sino frente a sí mismo. Bajo la apariencia de presentar a Fedra como la tradicional “fille de Minos et de Pasiphae”, lo que hace es presentarnos a una criatura nueva que se revela contra el peso de su leyenda que la oprime.

La gran paradoja radica en que no ha habido comisión del acto cuya ejecución proclamaría la liberación de Fedra con respecto a la moral tradicional y en que Fedra, suicidándose se aplica un castigo de acuerdo a una moral que rechaza.

Dice Fedra: “Gracias al cielo, mis manos no son criminales. Pluguiera a los dioses que mi corazón fuera tan inocente como ellas”. Hechos y deseos son los dos campos en que se mueven los personajes. Al resaltar lo subjetivo, la obra de Racine se sobrepone al entramado de la fábula antigua, la que ha llevado a algunos a hablar de ciertos caracteres cristianos de sus tragedias.

Fedra se presenta como la tragedia de la desesperanza, como el fracaso de la esperanza del hombre.

⁽¹⁾ Emilio Náñez, Altaya, Clásicos de la Literatura Universal

PREFACIO DE RACINE

“Me he esmerado en hacer a Fedra un poco menos odiosa de lo que aparece en las tragedias de los antiguos. He considerado que la calumnia [acusación a Hipólito de haberla violado] suponía una bajeza excesiva para ponerla en boca de una princesa. Esta bajeza me ha parecido más propia de una nodriza que podría tener inclinaciones más serviles y que se decide a hacer esta falsa acusación para salvar la vida y el honor de su señora.”

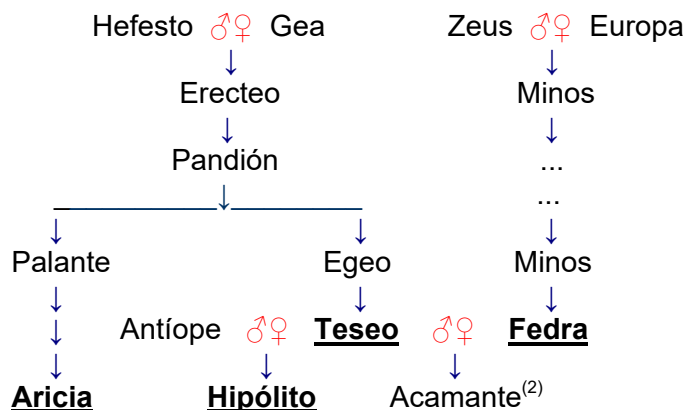
“En Eurípides y en Séneca, Hipólito es acusado de haber violado realmente a su madrastra. Aquí sólo es acusado de haber tenido ese propósito. He querido evitar a Teseo una vergüenza que hubiera podido hacerle aparecer menos digno [cornudo] a los ojos de los espectadores.”

“En cuanto a Hipólito, presentado por Eurípides exento de toda imperfección, creí que debía atribuirle alguna debilidad que le hiciese un poco culpable a los ojos de su padre: la pasión que siente por Aricia, hija de Palante, tío de Teseo, que le disputó el dominio de Atenas. Teseo dio muerte a los palántidas (hijos de Palante, cincuenta según unos, seis según Aricia [423] dejando vivir a Aricia. Virgilio dice que Hipólito, después de haber sido resucitado por Esculapio, tomó a Aricia por esposa y tuvo con ella un hijo [*Eneida*].”

Personajes

Fedra Esposa de Teseo
Hipólito Hijo de Teseo y Antíope
Teseo Rey de Atenas
Aricia Amada por Hipólito
Enone Nodriza de Fedra
Terámenes Ayo de Hipólito
Ismene Confidente de Aricia

Genealogía



⁽²⁾ Los tres últimos son los aspirantes al trono de Atenas tras el anuncio de la muerte de Teseo. Fedra invoca su estirpe en varias ocasiones: “Mi abuelo fue el padre y el señor de los Dioses (...) Mi padre, Minos, juzga en los infiernos a los pálidos mortales” [1275]. Para explicar el reinado de Minos, que abarca varias generaciones, algunos mitólogos sugieren la existencia de dos reyes con el mismo nombre. El primero, al que llaman Minos el Bueno, sería hijo de Zeus, “señor de todos los Dioses”, y juez de los mortales en el infierno; el segundo, Minos el Malo, sería un rey posterior, padre de Fedra, esposo de Pasífae, fundador del laberinto, etcétera. Fedra funde a los dos en uno. Pero cuesta aceptar que el mismo personaje reine en Creta y juzgue en los infiernos simultáneamente.

RESUMEN DE LA OBRA

Trecenia, hoy Trecén, es una ciudad del Peloponeso donde Hipólito, hijo de Teseo, ha vivido desde que su madrastra, Fedra, avergonzada por sentir un amor culpable por su hijastro, hizo que lo desterraran. La situación se hace insostenible para ambos cuando ella, acompañando a su esposo, se instala en Trecenia. Y aun más después de que Teseo se embarcara en una nueva aventura.

Acto I

La obra comienza cuando Hipólito declara su deseo de partir en busca de Teseo, cuyo paradero desconoce desde hace seis meses [6]. Terámenes, ayo de Hipólito, cree que el verdadero motivo de la partida es alejarse de “la encantadora Aricia” [137] y describe a Fedra como “una mujer agonizante” [44]. En efecto, Fedra anuncia su propio fin: “¡Oh Sol! A verte vengo por última vez” [172]. Cuando Enone, su nodriza, menciona a Hipólito, Fedra se estremece: “¡Desdichada! ¿Qué nombre han pronunciado tus labios?” [206]. El dolor empuja a Fedra a declarar la naturaleza de su dolor: “Pluguiera a los Dioses que mi corazón fuera inocente como mis manos” [222]. Pero: “Ya he dicho bastante. Muero por evitar confesión tan funesta” [225]. “Conducida por mi propio esposo, torné a ver al enemigo al que había alejado” [302].

Panope, mujer del séquito de Fedra, le anuncia la muerte de Teseo [319]. La elección de un nuevo rey tiene divididos a los atenienses entre los partidarios de Hipólito, los del hijo mayor de Fedra e incluso los de Aricia, descendiente directa de Pandión, rey de Atenas [326]. Enone incita a Fedra a defender a su hijo: “Si os pierde será esclavo, y Rey si vos vivís” [344]. Además, la anunciada muerte de su esposo libera a la viuda de pecado: “Vivid, ya no tenéis nada que reprocharos. Vuestro amor se convierte en algo natural” [349].

Acto II

Aricia no comparte el contento de Ismene, su confidente: “¿Crees que Hipólito será para mí más humano que su padre? ¿Qué frívola esperanza pones en que respete en mí un sexo al que desprecia” [397]. Finalmente, se confiesa enamorada de Hipólito: “Aprecio en él las virtudes de su padre, con la ausencia de sus vicios” [441]. Hipólito llega para otorgarle la libertad: “Os dejo tan libre y aun más de lo que yo lo soy” [480], Y hasta su apoyo político: “Trecenia me obedece, las campiñas de Creta ofrecen un hermoso retiro al hijo de Fedra. El Ática os pertenece. Me voy. Y para vos reuniré todos los votos divididos entre ambos” [505].

Según algunos historiadores, Palante, el padre de Aricia, era hijo legítimo de Pandión, rey de Atenas, mientras que Egeo, padre de Teseo, era adoptado. De ahí que Hipólito se considere con menos derecho al trono que Aricia.

Hipólito declara su amor por Aricia [525]. También Fedra relaja su imagen ante Hipólito al pedirle piedad para su hijo: “Vengo en nombre de un niño” [586]. Pero acaba confesándole su amor: “Y no creas que al amarte me creo inocente y apruebo mi conducta” [673]. Fedra se avergüenza de sus sentimientos: “¡La viuda de Teseo osa amar a Hipólito!” [702]. Y arrebató a Hipólito su espada con intención de quitarse la vida [710], pero la llegada de Terámenes la hace huir. El ayo informa a Hipólito de

que Atenas se ha pronunciado a favor del hijo de Fedra [724]. “Sin embargo, un sordo rumor dice que el Rey aún vive” [729].

Acto III

Enone exhorta a Fedra, ahora Reina, a actuar contra Hipólito: “Pensad que una amazona lo ha llevado en su seno” [787]. Pero Fedra confía en que él la ame: “Cedámosle el poder que no puedo guardar (...) Quizá tenga a bien reemplazar a su padre” [805]. Enone parte para transmitir a Hipólito que Fedra le concede la corona, pero regresa con una noticia que lo cambia todo: “El Rey, al que creíamos muerto, ha llegado, está entre nosotros” [827]. Fedra vuelve a desfallecer: “Indignamente, he confesado un amor que le ultraja. Esta mañana iba a morir digna de ser llorada; seguí tus consejos y muero en la deshonra. He de ver al testigo de mi pasión adúltera observar cómo afronto la vista de su padre. He de morir. Que la muerte me libre de tanto horror” [833]. Enone quiere evitar a toda costa la muerte de su señora: “¿Y por qué declarar en contra de vos misma? Atreveos a acusarle primero de un crimen que él podría achacaros después. ¿Quién os desmentirá” [872]. Fedra escucha indignada a su nodriza: “¿Que yo ose oprimir y manchar la inocencia?” [893]. Enone se ofrece a ejecutar la calumnia: “Mi celo no requiere más que vuestro silencio. Hablaré. Teseo, indignado, se vengará mandando a su hijo al destierro. Para preservar vuestro honor hay que inmolarlo todo; incluso la virtud” [894]. Fedra cede a las insidias de su nodriza: “Haz lo que quieras. Es tal mi turbación que no sé defenderme” [911].

Sin explicar el motivo, Fedra se aparta de Teseo: “Se os ha ofendido. La fortuna no perdonó a vuestra esposa en vuestra ausencia. Indigna de acercarme a vos, desde hoy sólo debo pensar en ocultarme” [917]. Desconcertado, el Rey inquiere al hijo, pero la respuesta de éste aumenta su confusión: “Consentid que, por siempre, el tembloroso Hipólito abandone este suelo que vuestra esposa pisa” [925].

Acto IV

Teseo se enoja al saber por boca de Enone que Hipólito ha forzado a Fedra. Y expone como prueba la espada que el joven dejó en poder de su madrastra: “Para lograr los fines de su delictivo amor el insolente acudía al recurso de la fuerza” [1007]. Enone justifica el silencio de su señora: “Fedra protegía a un padre digno de compasión” [1014]. Teseo insta a Hipólito a “buscar, bajo cielos ignotos, países a los que mi nombre no haya llegado nunca [1051]. Y tú, Neptuno, si antaño prometiste cumplir el primero de mis deseos [1065], hoy te imploro que vengues a un padre desgraciado” [1073]. Abrumado, Hipólito no se defiende: “¿Fedra acusa a Hipólito de un amor criminal! [1077]. Por tan negra mentira justamente indignado debería revelar la verdad” [1087]. Pero no desmiente a Fedra: “Amo sí, es cierto. Me sometí gustoso al encanto de Aricia” [1122]. La nueva revelación exacerba aun más a Teseo, que no sabe dónde enviar a su hijo: “Incluso más allá de las columnas de Alcides, me parecería demasiado cerca para tu perfidia” [1141]. Hipólito se muerde los labios: “Callaré. Sin embargo, Fedra proviene de una madre que conoce esos errores mucho mejor que la mía” [1150]. Hipólito se marcha. Alarmada por las voces, Fedra acude e implora perdón para Hipólito [1170]. Pero su piedad se vuelve rencor al saber que su hijastro ama a Aricia. Ciega de ira culpa a Enone de su desdicha: “Tus plegarias me hicieron olvidar mi deber. Yo evitaba a Hipólito; tú hiciste que lo amara. Vete, monstruo execrable. Que tu suplicio espante a quienes,

como tú, con cobardes astucias alientan las flaquezas de los desdichados príncipes” [1311].

Acto V

Arcia suplica a Hipólito que diga la verdad a Teseo [1329], pero el joven, por no aumentar el dolor de su padre, persiste en su silencio: “Confiémonos a la equidad de los dioses” [1351]. Hipólito pide a Arcia que huya con él [1358]: “Argos nos abre sus brazos y Esparta nos reclama [1366]. ¿Qué temor os retiene? ¿Qué frialdad os invade cuando en mí todo es fuego?” [1372]. Arcia expone la razón de su reserva: “No estando ambos unidos por un dulce lazo, ¿puedo, sin manchar mi honor, acompañaros en la huida?” [1379]. Hipólito entiende el pudor de su amada: “No siempre el himeneo se rodea de antorchas. A las puertas de Trecenia hay un templo sagrado. Allí, si confías en mí, podremos pronunciar la promesa solemne de un amor eterno” [1391]. Arcia promete secundar los planes de Hipólito.

Tras una conversación tensa con Arcia, Teseo duda [1414]. Manda llamar a Enone, pero la nodriza se ha arrojado al mar [1466]. El suicidio de la nodriza y los deseos de muerte de Fedra lo impulsan a hablar de nuevo con Hipólito. Pero Terámenes le da la noticia funesta: “¡Tardío y superfluo es tu celo! Hipólito ya no existe. He visto morir al más noble de los mortales y al menos culpable [1491]. Apenas habíamos traspasado las puertas de Trecenia camino de Micenas [cuando] en el lomo de la líquida llanura se eleva en borbotones una montaña húmeda y escupe ante nosotros un monstruo furioso. Su ancha frente va armada de amenazantes cuernos. Toro indomable, sus prolongados mugidos hacen temblar la orilla. Todos huyen. Sólo Hipólito, digno hijo de un héroe, detiene sus corceles, blande su jabalina, arremete, lanza un dardo y en el flanco del monstruo abre una ancha herida. El monstruo, al pie de los caballos va a caer, se incorpora, y les presenta unas fauces en llamas que les cubren de fuego, de sangre y de humareda. Los arrebató el pánico y no conocen ya el freno ni atienden a la voz. El miedo los arroja a través de las rocas. El intrépido Hipólito cae enredado en las riendas. Todo su cuerpo no es ya más que una llaga” [1498].

Terámenes llegó frente a los despojos de Hipólito a tiempo de escuchar sus últimas palabras: “Cuida tras de mi muerte a la infeliz Arcia. Si un día mi padre, viendo claro, llora a un hijo infeliz acusado falsamente, dile que con dulzura trate a su cautiva” [1562].

Teseo claudica ante Fedra: “Vos triunfáis y mi hijo ya no vive [1594]. Consiento en cerrar los ojos ante el engaño, lo creo criminal ya que vos lo acusáis. Ya su muerte da motivo suficiente a mi llanto sin que vaya a buscar odiosas aclaraciones que no harían más que aumentar mi desdicha” [1599]. Fedra insiste en limpiar la imagen de Hipólito: “Yo soy quien sobre tu hijo, casto y respetuoso, osé poner mi mirada incestuosa e impura. La detestable Enone se encargó del resto” [1623]. Y declara su fin inminente: “He hecho correr por mis venas ardientes un veneno que Medea trajo de Atenas⁽³⁾” [1637].

⁽³⁾ Después de vengarse de Jasón, Medea se refugió en Atenas, donde convivió con Egeo.